

El Significado y el Método de la Vida Espiritual

Por Annie Besant

Considerando el significado y el método de la vida espiritual, es bueno comenzar por definir el significado del término “espiritual.” Hay una gran incertidumbre sobre el mismo. Escuchamos las palabras “espíritu” y “alma” como si fuesen términos intercambiables. Tenemos “un cuerpo y un alma” o “un cuerpo y un espíritu”, dicen las personas, como si esas dos palabras, “espíritu” y “alma” no tuviesen un significado preciso y definido. Naturalmente, si esas palabras no se entienden claramente, el término “vida espiritual” sigue siendo confuso.

La Teosofía divide la constitución humana de una forma definida, tanto con vistas a la conciencia como a los vehículos a través de los cuales se manifiesta. La palabra “espíritu” está reservada a esa divinidad en nosotros que se manifiesta en los planos superiores del universo y que se distingue por su conciencia de unidad. La unidad es la nota clave del espíritu, porque por debajo del plano espiritual todo es división. Cuando pasamos del plano espiritual al intelectual, inmediatamente nos encontramos en medio de la separación.

La Unidad y el Espíritu

Refiriéndonos a nuestra naturaleza intelectual, para la cual debemos limitarnos al uso de la palabra “alma,” inmediatamente notamos que es éste es el principio de la separatividad. En el crecimiento de nuestra naturaleza intelectual, nos tornamos cada vez más conscientes de la separatividad del “Yo.” Algunas veces se le llama el “yoísmo” en nosotros. De él surgen todas nuestras ideas de una existencia separada propiamente, con pérdidas y ganancias separadas.

El intelecto es también una parte de nosotros como el espíritu, solo que una parte diferente, y es la misma antítesis de la naturaleza espiritual. Porque donde el intelecto ve el “Yo” y lo “mío,” el espíritu ve unidad, no separación; donde el intelecto lucha por reafirmarse separadamente, el espíritu se contempla a sí mismo en todas las cosas y contempla todas las formas como la suya.

Los grandes misterios de las religiones del mundo se vuelcan en la naturaleza espiritual, porque es un misterio para la persona ordinaria. Lo que los cristianos denominan el entonamiento corresponde enteramente a la naturaleza espiritual, y nunca puede comprenderse mientras pensemos que tenemos intelectos e inteligencias separadas de los demás. La misma esencia del entonamiento yace en el hecho de que la naturaleza espiritual, siendo una y la misma en todas partes, puede volcarse en una forma u otra. A causa de este hecho que la naturaleza espiritual no ha sido

comprendida y sólo se ha visto la separación del intelecto, que la gran doctrina espiritual ha sido cambiada en la sustitución de un individuo por otros individuos. No se ha reconocido que la doctrina del entonamiento está forjada por el espíritu omnipresente, que puede verterse a su voluntad en cualquier forma.

El espíritu es esa parte de la naturaleza humana en la cual reside el sentido de unidad, la parte que es primariamente una con Dios, y secundariamente, una con cuanto vive en el universo. Una viejo Upanishad comienza con la declaración de que todo este mundo es Dios velado, y pasa entonces a hablar de esa unidad omniabarcante, vasta y penetrante, que lo envuelve todo y estalla en un clamor de alabanza. “¿Qué hay entonces con la pena o el engaño, para quien ha conocido la unidad?” Ese sentido de unidad en el corazón de las cosas es el testimonio de la conciencia espiritual, y sólo cuando se comprende esto es que la naturaleza espiritual puede manifestarse. Los nombres técnicos no importan para nada. Éstos provienen del sánscrito, que durante milenios ha definido los nombres de cada etapa de conciencia humana y otras.

Esta señal de unidad es aquella sobre la cual podemos apoyarnos como señal de la naturaleza espiritual. De acuerdo con un viejo libro oriental, “el hombre que ve el Yo Único en todo, y todas las cosas en el Yo, ese hombre ve, verdaderamente ve.” Todo lo demás es ceguera. El sentido de separación, aunque sea necesario para la evolución, es fundamentalmente un error. La separatividad es solamente solo como las ramas que crecen del tronco de un árbol, la unidad de la vida del árbol pasa por cada rama y las convierte a todas en un sólo árbol. Es la conciencia de esa unidad, lo que es la conciencia del espíritu.

En el cristianismo, el sentido de unidad ha sido personificado en Cristo. La primera etapa — cuando aún existe el Cristo y el Padre — es cuando las voluntades de funden, “hágase tu voluntad, no la mía.” La segunda etapa es cuando se percibe el sentido de unidad: “Yo y mi Padre somos uno.” En esa manifestación de la vida espiritual, tenemos el ideal que subyace en la más profunda inspiración de las escrituras sagradas cristianas, y sólo cuando “el Cristo nace en el hombre,” para emplear el símbolo cristiano, que comienza la verdadera vida espiritual.

Esto se señala claramente en las Epístolas. San Pablo escribió a los cristianos y no a los profanos o paganos. Le escribió a aquellos que habían sido bautizados, que eran miembros reconocidos de la Iglesia, en un momento en que los miembros eran más difíciles de ganar que en estos tiempos. Pablo les dijo: “Ustedes no son espirituales, ustedes son carnales.” La razón que da para considerarlos de esta forma es: “Oigo que hay divisiones entre ustedes.” Cuando la vida espiritual predomina hay armonía, no división.

La Segunda gran etapa de la vida espiritual está también destacada por las escrituras cristianas, como mismo en todas las grandes escrituras del mundo, cuando se

dice que cuando venga el final de los tiempos, todo lo que se haya reunido en el Cristo, el Hijo, se reunirá más allá en el Padre, y “Dios reinará en todo.” Incluso esta separación parcial de Padre e Hijo desaparece, y la unidad es suprema. Cuando leemos los *Upanishads*, el *Bhagavad Gita*, o el *Nuevo Testamento*, nos hallamos en la misma atmósfera respecto del significado y naturaleza de la vida espiritual, en que aquello que conoce la unidad, en aquello donde la unidad es completa.

Ahora, esto es posible para nosotros a pesar de la separación del intelecto que nos separa a unos de otros, porque en el corazón de nuestra naturaleza somos divinos. Esa es la gran realidad de la cual depende toda la belleza y el poder de la vida humana. No es una diferencia pequeña si las personas piensan que son divinas, o si han sido llevados a creer en la idea de que son pecadores por naturaleza, miserables y degradados.

Nada existe más fatal para el progreso, nada tan desalentador para el crecimiento de la naturaleza interna, como la continua repetición de algo que no es cierto y que es esencialmente malvado, no divino. Es un veneno en el corazón de la vida, que estampa a uno con una etiqueta difícil de arrancar. Si queremos darle el sentido más bajo y degradado al sentimiento interno de dignidad, que le permitirá alzarse del fango en el cual están hundidos a la dignidad de una naturaleza humana, debemos hablarles de su esencial divinidad, que en sus corazones están en lo correcto y no asqueroso. Porque es en la misma medida en que hagamos esto que habrá débiles indicios del espíritu, tan encubierto, que ellos no estarán conscientes de ello en su vida común. Si existe un deber entre los predicadores de la religión más vital que otros, es que cuantos los escuchen sientan ese indicio de la presencia divina dentro de ellos.

El Desarrollo de la Naturaleza Espiritual

Contemplando así a todos como divinos en su corazón, comenzamos a preguntarnos: si ese es el significado del espíritu y de la vida espiritual, ¿cuál es el método para desarrollarla? El primer paso, como mencionamos, es hacer que las personas crean en ello, deponer cuando se nos ha dicho de que el corazón humano es esencialmente “malvado” en cuanto al pecado original. No hay pecado original, sino ignorancia, y todos nacemos con ella. Tenemos que ir saliendo de ella poco a poco por medio de la experiencia, que nos lleva a la sabiduría. Ese es el punto de partida, como el consciente sentido de unidad es la corona. El método de la vida espiritual es todo lo que fomenta la vida para que ésta se muestre en realidad como mismo es en su esencia. Nuestra divinidad interna —que es el pensamiento inspirador que queremos diseminar por todas las iglesias, que durante demasiado tiempo han estado ensombrecidas por una doctrina que es exactamente lo opuesto. Cuando comprendemos finalmente que somos divinos, buscaremos hacer justicia a nuestra naturaleza interna.

Ahora el método de la vida espiritual en el sentido más amplio, admito francamente, que no puede ser aplicado a los menos evolucionados entre nosotros. Para ellos, su primera lección es una muy antigua: “Cesad de hacer el mal.” Uno de mis *Upanishads* favoritos habla de los pasos mediante los cuales uno puede buscar y encontrar al Yo, el Dios interno. El primer paso, se dice, es “cesar de hacer el mal.” Ese es el primer paso de la vida espiritual, la base para poder edificar. El segundo paso es activo: “haced el bien.” No son menos verdaderos porque sean comunes. Son necesarios dondequiera y deben repetirse hasta que el mal se haya vencido y el bien se haya abrazado. La vida espiritual no puede comenzar hasta que uno completa estos pasos.

En relación con los pasos que siguen, se ha escrito que nadie que sea descuidado, que no sea inteligente, o que carezca de devoción puede hallar al Yo. Y de nuevo se dice: “El Yo no se halla por conocimiento ni por devoción, sino por la unión del conocimiento con la devoción.” Estas son las dos alas que nos elevan hacia el mundo espiritual.

Podemos encontrar un montón de detalles en las diversas escrituras del mundo para agregar más a estos amplios lineamientos que nos sirven de guía para recorrer el estrecho y antiguo Sendero. Pero lo que se necesita especialmente ahora es una forma en que las personas que viven en el mundo —limitados por las ataduras domésticas, y por ocupaciones de toda clase— puedan ganar el acceso a la vida espiritual, por medio del cual puedan asegurar el progreso en verdadera espiritualidad.

En las diferentes religiones del mundo ha habido una cierta inclinación a trazar una línea divisoria entre la vida en el mundo y la vida del espíritu. Esa línea, que es real, con frecuencia, sin embargo, se explica y se interpreta mal. Se piensa que consiste en circunstancia, mientras que consiste en actitud —hay una profunda diferencia, y una que es de importancia vital para nosotros. Debido a esta mala comprensión de ello, hombres y mujeres de todas las edades han abandonado el mundo para buscar lo Divino. Se han ido al desierto, a la selva y a las cuevas, a las montañas, al llano solitario, creyendo que si abandonan lo que ellos llaman “el mundo,” podrán asegurar la vida del espíritu. Y aún así, si Dios es omnipresente y está en todas partes, la Divinidad puede encontrarse lo mismo en el mercado que el desierto, en el banco como en la selva, en la corte como en la montaña solitaria, en medio de las obsesiones humanas como en los sitios solitarios. Es cierto que las almas débiles pueden percibir con más facilidad la vida que late en todo estando lejos del bullicio humano, pero eso es señal de debilidad, no de espiritualidad. No es lo fuerte, lo heroico, el guerrero, el que pide soledad para buscar la vida espiritual.

No obstante, la vida solitaria tiene su lugar, y con frecuencia un hombre o una mujer se irán a algún sitio solitario y morarán allí en soledad el resto de su vida. Pero ese nunca es la última corona final, no es la vida del Cristo que camina en la tierra. Es

una vida que algunas veces lo prepara a uno para romper ataduras que de otro modo uno no se sentiría suficientemente fuerte para romper. Las personas huyen porque no pueden enfrentar la batalla, evaden lo que no pueden enfrentar. Eso es con frecuencia una medida sabia, y para cualquiera fácilmente tentado, es un buen consejo para evitar las tentaciones.

Pero los verdaderos héroes de la vida espiritual no evitan lugares ni personas. No temen ensuciar sus vestiduras, porque las han tejido con un material que no se mancha. Aquellos que viven la vida solitaria regresarán de nuevo para llevar la vida del mundo. La lección de desapego que aprendieron en los sitios solitarios les servirá para cuando regresen a la vida ordinaria. La liberación, la libertad del espíritu, esa vida consciente de unión con Dios que es la marca del humano que se convierte en divino, esa última conquista se gana en el mundo, no en la selva ni en el desierto.

La Renuncia a los Frutos de la Acción

La vida espiritual se gana gradualmente, y las lecciones del espíritu se aprenden en este mundo —pero con una condición. Esta condición tiene dos etapas; la primera es que hagamos cuanto debemos hacer porque es nuestro deber. A medida que despunta la vida espiritual, reconocemos que todos nuestros actos hay que realizarlos, no para obtener algún resultado en particular, sino porque es nuestro deber hacerlo. Esto se dice fácilmente, pero ¡cuán difícil es lograrlo! No tenemos que cambiar nada en nuestra vida para ser personas espirituales, pero tenemos que cambiar nuestra actitud hacia la vida. Debemos cesar de esperar de ella y darnos por completo a ella, porque es nuestro deber.

Ahora ese concepto de la vida es un gran primer paso hacia el reconocimiento de la unidad. Si existe sólo una gran Vida, si cada uno de nosotros no es sino una expresión de esa Vida, entonces toda nuestra actividad es simplemente la obra de esa Vida dentro de nosotros, y los resultados los gana esa Vida común a todos, y no las individualidades por separado. Esto es a lo que alude el *Gita* al mencionar que debemos renunciar a los frutos de la acción —porque el fruto es el resultado normal de la acción.

Este consejo es aolemente para quienes desean vivir la vida espiritual, pero no es aconsejable que las personas renuncien a los frutos de la acción hasta que no surja en ellos un motivo más grande para ello, uno que los mueva a la actividad sin la búsqueda de una recompensa para el yo personal. Debemos desarrollar la actividad, que es la vía de evolución. Sin actividad no evolucionamos, sin esfuerzo ni batalla nos quedamos flotando en las aguas de la vida y no avanzamos con la corriente del río. La actividad es la ley de progreso, y según nos esforzamos, una nueva vida fluye hacia nosotros. Por eso se ha escrito que quienes son descuidados nunca encontrarán al Yo. Los que son descuidados e inactivos ni siquiera han comenzado a girarse hacia la vida espiritual.

El motivo de la acción para la persona común es propiamente al disfrute de sus frutos. Esta es la forma que Dios tiene de encaminar al mundo por el sendero de la evolución. Nos ponen premios delante. Luchamos por obtener esos premios, y según libramos esa batalla vamos desarrollando nuestros poderes. Pero cuando atrapamos el premio, éste se nos deshace siempre en las manos. Si contemplamos la vida humana, vemos esto repetirse continuamente. Deseas dinero, lo ganas, millones. En medio de los millones, un mortal descontento te invade, te cansas de la riqueza que no puedes usar. O luchas por alcanzar la fama y la obtienes. Y luego la consideras “una voz pasajera, perdida en un mar sin fin.” Luchas por obtener el poder, y cuando lo alcanzas, te aburres del poder, te cansas y desanimas. La misma secuencia se repite una y otra vez.

Estos son los juguetes que el Padre usa para inducir a sus hijos a que se esfuercen. Él mismo se oculta en el juguete para poder ganarse a sus hijos, porque no hay belleza ni atracción en parte alguna salvo en la vida de Dios. Pero el juguete es agarrado, la vida lo abandona, se derrumba en las manos, y nos sentimos desalentados. Porque el valor yace en el esfuerzo, no en la posesión, en los poderes que educimos al querer obtenerlo, y no en la ociosidad después de la victoria. Y así evolucionamos, y hasta que esas delicias hayan perdido el poder de atraernos, es bueno que sigan alentándonos al esfuerzo y la batalla.

Pero cuando el espíritu comienza a despertar y a buscar su propia manifestación, entonces los premios pierden su poder de atracción. Vemos el deber en vez de los frutos como el motivo. Y entonces trabajamos por el deber mismo, como parte de la Gran Vida Una, y trabajamos poniendo en ello toda nuestra energía, como mismo lo hacen quienes trabajan por el fruto, o quizás más aún. Aquellos que pueden trabajar en algún gran proyecto para el bien humano, y que luego de años de labor lo ven derrumbarse, y aún se mantienen contentos, han avanzado considerablemente por el sendero de la vida espiritual. ¿Parece esto imposible? No cuando comprendemos la Vida y hemos sentido su unidad, porque en esa conciencia no hay esfuerzo humano malgastado, ni trabajo fallido. La forma en que el trabajo opera puede caerse, pero la vida continúa.

Un motivo así puede animar incluso a aquéllos que están fuera de la vida espiritual. Considere cómo algunas veces en alguna gran campaña de batalla, el éxito y la derrota son palabras que cambian su significado cuando la vastedad presente lucha por un solo fin. Una pequeña banda de soldados puede ser enviada a realizar una tarea imposible y sin esperanza. Un comandante puede recibir una orden que sabe que es imposible obedecer, acaso tomar una colina erizada de cañones. Él sabe que antes de que pueda alcanzar la cima de esa colina, su regimiento será diezmado, y si él continúa insistiendo, incluso aniquilado. No hace diferencia alguna para el soldado leal que confía en su general y conduce a sus hombres. No vacila, contempla la orden solo como una prueba de la confianza de su comandante, de que es considerado suficientemente fuerte como

para luchar e inevitablemente fallar. Pero, ¿han realmente fallado cuando muere el último de sus hombres y sólo quedan los cadáveres? Parecerá así a quienes sólo han visto esa parte de la batalla. Pero mientras ellos atraían la atención del enemigo, otros movimientos que aseguraron la victoria pasaron desapercibidos. Cuando una nación le alza un monumento de agradecimiento a aquellos que conquistaron la victoria, los nombres de quienes cayeron para que la victoria de sus camaradas fuese posible tendrán un lugar de honor.

Y lo mismo ocurre con quienes son espirituales. Saben que el plan no puede fallar. Conocen que el combate terminará coronado por la victoria. A quienes han conocido la Unidad, no les importa que una pequeña parte del plan se considere fallida. Ha hecho posible la victoria del gran plan de la redención humana, que es la verdadera finalidad para la cual han trabajado. No han trabajado para lograr un éxito aquí, para fundar alguna gran institución allá, sino que han trabajado para la redención de la humanidad. Aunque la forma de una parte del trabajo ha sido aplastada, la vida avanza y tiene éxito.

Eso es lo que significa trabajar por el deber. Hace la vida comparativamente más fácil. Hace la vida más calmada, fuerte, imparcial y no peligrosa, para quienes trabajan por el deber sin aferrarse a nada. Cuando el deber está cumplido, no se preocupan más por ello. Dejan a un lado el éxito o el fallo, como lo juzga el mundo. Este es el secreto de la paz en el trabajo. Quienes trabajan por el éxito, siempre están preocupados, siempre están ansiosos, siempre están haciendo un recuento de sus fuerzas, considerando sus chances y posibilidades. Pero aquéllos a quienes no les importa el éxito, sino por el deber, trabajan con la fortaleza de la Divinidad y su objetivo es siempre seguro.

Actuando como Canales de lo Divino

Ese es el primer gran paso. Para poder tomarlo hay un secreto que debemos recordar: debemos hacer todo como si el Gran Poder lo estuviese haciendo a través de nosotros. Lo que se denomina en el *Gita* "la inacción en medio de la acción." Para aquellos del mundo que se convertirán en personas verdaderamente espirituales, ese es el pensamiento que deben tener detrás de todo su trabajo. ¿Cuál sería el motivo en el corazón del abogado o el juez, si ellos aprendieran el secreto del espíritu en los asuntos comunes de la vida? Que tendrían que contemplarse a sí mismos simplemente como encarnaciones de la justicia divina. Incluso en medio de la ley, como la conocemos, imperfecta como es y llena de errores, si es la justicia de Dios luchando para hacerse suprema en la tierra. Quienes deseen ser espirituales en la profesión legal, deben tener en el corazón de sus pensamientos: "Yo soy la mano de la justicia divina en el mundo, y como tal, cumplo la ley."

Es lo mismo en todos los campos. El comercio es una de las formas en que el mundo vive —una parte de la Actividad Divina. Aquellos que trabajan en el comercio, deben verse a sí mismos como parte de esa corriente de vida en circulación mediante la cual las naciones se acercan unas a otras. Son los mercaderes divinos del mundo, y en ellos la Actividad Divina debe hallar manos y pies. Y todos los que toman parte en dirigir y guiar a una nación también son representantes del Legislador Divino, y solo deben hacer su trabajo bien, dándose cuenta de que son la encarnación de la vida divina en ese aspecto.

Sé lo extraño que esto suena cuando pensamos en luchas políticas y en la mezquindad de algunos políticos. Pero la degradación no toca la realidad de la Presencia Divina, y en cada dirigente, o en cada fragmento de un dirigente, el Legislador divino busca encarnar el orden para que la nación tenga una vida nacional pura, noble y feliz. Si solamente unos pocos de cada ámbito de la vida luchara por alcanzar la vida espiritual, si dejaran a un lado los frutos de la acción individual, pensarán en sí mismos solo como encarnaciones de los muchos aspectos de la Actividad Divina en el mundo, ¡cuán bella y sublime se convertiría la vida en el mundo!

Lo mismo ocurre en la vida del hogar.

Es lo mismo en la vida del hogar. En un viejo libro hindú se dice que el Logos del universo, Dios manifestado, es el Dueño Divino de la casa. Cada esposo debe considerarse como una encarnación de ese Dueño Divino. Su mujer y sus hijos existen, no para traerle comodidad y delicia, sino para que él pueda personificar al hombre perfecto, como esposo y padre. La mujer y madre debe pensar que ella es la encarnación del otro lado de la Naturaleza, el lado de la materia, la que nutre, y personificar a la Naturaleza que no cesa de proveer para todas las necesidades de sus hijos. Según el gran Padre y Madre de todos protegen y nutren al mundo, así los padres protegen a sus hijos en un hogar donde la vida espiritual comienza a crecer. Así, que toda la vida sea hecha bella, y cada hombre y mujer que comienzan a mostrar la vida espiritual se conviertan en una bendición en el hogar y en el mundo.

La Alegría de Dar

El segundo gran paso que debemos dar, cuando el deber se hace por el deber mismo, agrega alegría al deber —el completamiento de la Ley del Sacrificio. En esa noble visión de la vida, nos vemos a nosotros mismos no meramente como la Vida Divina en actividad en el mundo, sino como la Vida Divina que se sacrifica para que todos puedan vivir. Porque está escrito que el amanecer del universo es un acto de sacrificio, y el apoyo del universo es un continuo sacrificio del Espíritu que permea todas las cosas y las anima. Cuando nos damos cuenta del enorme sacrificio como la Vida del universo, es una alegría lanzarnos nosotros a ese sacrificio y compartirlo, no

importa en cuán pequeña parte, y ser parte de la vida de sacrificio mediante la cual los mundos evolucionan. “Dónde entonces hay dolor, dónde entonces hay delusion, una vez que se ha visto la Unidad?” Ese es el secreto de la alegría en quienes son espirituales. Perdiendo todo externamente, ganan todo dentro.

Con frecuencia he dicho, y sigue siendo cierto, que mientras que la vida de la forma consiste en tomar, la vida del espíritu consiste en dar. Es esto lo que hizo que el Cristo, como Dador Espiritual, declarara: “Es una bendición mayor dar que recibir.” Porque, verdaderamente, quienes conocen la alegría de dar no desean sentir la alegría de recibir. Conocen la primavera de una alegría certera que surge dentro del corazón cuando se vierte la Vida. Porque incluso si la Vida Divina fluyera hacia dentro de nosotros y la guardáramos adentro, ésta se convertiría en estancada, torpe, muerta. Pero la vida a través de la cual la Vida Divina se vuelca incesantemente no está estancada y no se gasta. Mientras más se da, más se recibe.

No tengamos entonces temor a dar. Mientras más demos, más plena será nuestra vida. No nos dejemos engañar por el mundo de la separación, en el cual si damos cada vez tendremos menos. Si tuviera oro, mi tienda tendría cada vez menos con cada moneda que regale, pero eso no ocurre con las cosas del espíritu. Mientras más damos, más tenemos; con cada acto de generosidad nos convierte en una reserva más grande. Así, no debemos temer a quedarnos vacíos, secos, exhaustos, porque toda la vida está detrás de nosotros, y sus afluentes son uno con el nuestro. Toda vez que sabemos que la Vida no es nuestra, una vez que nos damos cuenta de que somos parte de una poderosa unidad, entonces sobreviene la verdadera alegría de vivir, la verdadera bendición de una vida que conoce su propia eternidad. Todos los pequeños placeres del mundo que alguna vez fueron tan atractivos se desvanecen en la floria del verdadero vivir, y nosotros sabemos el significado de las grandes palabras: “Aquél que pierda su vida la hallará en la vida eterna.”